

FACTORES VITALES PARA EL RECOBRO DE LA VIDA DE IGLESIA

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje dos

El factor de seguir fielmente la visión de la era que ha sido completada por medio del ministerio de la era

Lectura bíblica: 2 Co. 3:3, 6, 8; 4:1; 5:18-20; 11:2-3; 1 Ti. 1:3-4, 18; Ap. 22:1-2, 14, 17a

I. En cada era hay la visión que corresponde a esa era y, puesto que tenemos la visión de la era que ha sido completada por medio del ministerio de la era, necesitamos servir a Dios conforme a esta visión y seguirla fielmente—Hch. 26:19; Ef. 1:17; 3:9; 1 Ti. 4:6:

- A. Hoy en día podemos estar en unanimidad porque tenemos una sola visión, una visión actualizada y que lo ha heredado todo, la visión de la economía eterna de Dios—Ef. 1:17; 3:2, 9; Ap. 21:10; 1 Ti. 1:3-4; Ro. 15:6; 1 Co. 1:10; Hch. 26:13-19; Fil. 3:13-14.
- B. La visión gobernante contenida en la Biblia es la visión celestial de la economía eterna de Dios, la cual es la intención eterna de Dios junto con el deseo de Su corazón de impartirse —en Su Trinidad Divina como Padre en el Hijo por el Espíritu— en Su pueblo escogido a fin de ser su vida y naturaleza para que sean iguales a Él, como Su duplicación, de modo que lleguen a ser un organismo, el Cuerpo de Cristo, que es el nuevo hombre, con miras a la plenitud de Dios, Su expresión, cuya consumación será la Nueva Jerusalén—Ef. 1:10; 3:9; 1 Ti. 1:3-4; Ro. 8:29; 1 Jn. 3:2; Ef. 1:22-23; 2:15-16; 3:19; Ap. 3:12, 21; 21:2, 9-10; Hch. 26:19.
- C. “Yo [W. L.] le dije al hermano Nee: ‘Aunque un día usted ya no siga este camino, yo lo seguiré tomando. Yo no tomo este camino porque usted lo haya tomado, y no lo dejaré porque usted lo haya dejado. He visto que éste es el camino del Señor. He visto la visión’”—*La visión de la era*, pág. 53.

II. La visión que el Señor nos ha dado en Su recobro presente es la visión todo-inclusiva de la economía eterna de Dios con su máxima consumación, a saber, la visión de la Nueva Jerusalén—Pr. 29:18a; Hch. 26:18-19; 22:15; Ap. 21:2, 9-11:

- A. La totalidad de lo que la Biblia nos revela es la Nueva Jerusalén; la Nueva Jerusalén es la composición total de toda la revelación de la Biblia—Gn. 28:10-22; Jn. 1:1, 14, 29, 32, 42, 51; Ap. 21:3, 22.
- B. El hecho de que expresemos la Nueva Jerusalén en nuestro vivir tiene como fin que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén, y el hecho de que llevemos a cabo la Nueva Jerusalén tiene como fin que edifiquemos la Nueva Jerusalén por medio del Dios Triuno que fluye—Jer. 2:13; Jn. 4:14b; 7:37-39; Ap. 22:1-2a.
- C. Cada iglesia local debería ser una miniatura de la Nueva Jerusalén, y cada creyente debería ser “una pequeña Nueva Jerusalén”; todo lo que se le atribuye a la Nueva Jerusalén debiera ser nuestra experiencia tanto corporativa como personal—21:3, 22-23; 22:1-2, 14, 17; 3:12.
- D. La Nueva Jerusalén es la corporificación de la salvación completa efectuada por Dios con su aspecto jurídico y su aspecto orgánico—Ro. 5:10; Ap. 22:14:

1. La salvación completa que Dios efectúa está compuesta de la justicia de Dios como base y de la vida de Dios como consumación—Ro. 1:16-17; 5:10, 17-18, 21; Lc. 15:22-23; cfr. Jer. 2:13; 13:23; 17:9; 23:5-6; 31:33.
 2. Toda la Nueva Jerusalén tiene que ver con la vida edificada sobre el fundamento de la justicia—Ap. 21:14, 19-20; 22:1; cfr. Gn. 9:8-17; Sal. 89:14.
- E. A medida que experimentamos cada sección de la salvación orgánica de Dios, subimos de nivel en nivel hasta que llegemos a ser seres de la Nueva Jerusalén—Ro. 5:10, 17, 21; 8:10, 6, 11; Ap. 22:1-2; cfr. Jer. 18:15; Mi. 5:2:
1. Somos regenerados al participar en la vida de Dios para llegar a ser la especie de Dios, los hijos de Dios, con miras a la filiación de Dios—Jn. 1:12-13; Ap. 21:7; 22:14b.
 2. Somos santificados al participar en la naturaleza de Dios para llegar a ser tan santos como la ciudad santa—1 Ts. 5:23; Ef. 5:26.
 3. Somos renovados al participar en la mente de Dios para llegar a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén—2 Co. 4:16; Ef. 4:23.
 4. Somos transformados al participar en el ser de Dios para ser constituidos del Dios Triuno como oro, plata (perlas) y piedras preciosas—1 Co. 3:12; 2 Co. 3:18; Ro. 12:2; Ap. 21:18-21.
 5. Somos conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios al participar en la imagen de Dios para tener la apariencia de la Nueva Jerusalén—Ro. 8:28-29; Ap. 21:11; 4:3.
 6. Somos glorificados al participar en la gloria de Dios para ser completamente empapados de la gloria de la Nueva Jerusalén—Ro. 8:21; Fil. 3:21; Ap. 21:11.

III. Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevarla a cabo equivale a expresar la salvación completa de Dios en nuestro vivir y llevarla a cabo según la esencia intrínseca y la totalidad del ministerio único neotestamentario, el ministerio de la era, con miras a la realidad del Cuerpo de Cristo y un nuevo avivamiento—Fil. 1:19; 2:13; Ro. 5:10; 2 Co. 4:1; Ef. 4:11-12, 16:

- A. El ministerio del Espíritu es el ministerio del nuevo pacto de deificarnos al escribir en nuestros corazones con el Espíritu del Dios viviente, la “tinta” divina y mística, lo cual nos hace cartas vivas de Cristo, ésta es la cumbre más elevada de la revelación divina—2 Co. 3:3, 6, 8, 18; 4:1; Is. 42:6; 49:6; Sal. 45:1-2:
1. Por medio del ministerio del Espíritu, somos “Cristificados” para llegar a ser la ciudad de vida y la novia de Cristo; de este modo, el Espíritu como Dios Triuno consumado se casa con la novia como iglesia tripartita y transformada a fin de llevar una vida que es la mezcla de Dios y el hombre como un solo espíritu, una vida que es sumamente excelente y que reboza de bendiciones y gozo—Ro. 5:10; Ap. 2:7; 22:1-2, 17a.
 2. A fin de ser constituidos ministros del nuevo pacto con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar todos los aspectos del Espíritu todo-inclusivo en 2 Corintios: el Espíritu que unge, el Espíritu que sella, el Espíritu que da en arras (1:21-22; 5:5), el Espíritu que escribe (3:3), el Espíritu vivificante (v. 6), el Espíritu que ministra vida (v. 8), el Espíritu que libera (v. 17), el Espíritu que transforma (v. 18) y el Espíritu que transmite (13:14).
- B. El ministerio de justicia es el ministerio de Cristo como nuestra justicia objetiva para nuestra justificación, y como nuestra justicia subjetiva que es “bordada” en

nuestro interior mediante la obra transformadora del Espíritu a fin de que Cristo sea manifestado en nuestro vivir y con miras a Su expresión genuina; en esto consiste el vivir del Dios-hombre—3:9; Sal. 45:13-14; Ro. 8:4; Sal. 23:3:

1. Mediante el ministerio de justicia, recibimos a Cristo como nuestra justicia objetiva y lo disfrutamos como nuestra justicia subjetiva a fin de llegar a ser la Nueva Jerusalén, la nueva creación de justicia en el cielo nuevo y la tierra nueva—1 Co. 1:30; Fil. 3:9; 2 P. 3:13; cfr. Is. 33:22.
 2. La justicia objetiva (Cristo dado a nosotros) tiene como resultado la gracia (Cristo disfrutado por nosotros), y la gracia tiene como resultado la justicia subjetiva (Cristo expresado en nuestro vivir)—Ro. 5:1-2, 17-18; Lc. 15:22-23.
 3. El poder de la gracia, al operar en nosotros, produce en nosotros la justicia subjetiva, haciendo que estemos bien con Dios, con otros y aun con nosotros mismos; no sólo sojuzga al pecado, sino que también vence a Satanás, el pecado y la muerte en nuestro ser, lo cual nos hace reinar en vida—2 Ti. 2:1; Ro. 5:17, 21.
 4. La justicia que recibimos para nuestra justificación es objetiva y nos da la capacidad de cumplir los requisitos del Dios justo, mientras que las acciones justas de los santos vencedores son subjetivas y los hace aptos para que cumplan los requisitos del Cristo vencedor—Ap. 22:14; 19:7-8.
- C. El ministerio de reconciliación es el ministerio de reconciliar al mundo con Cristo mediante el perdón de pecados para su redención jurídica, y es el ministerio de reconciliar a los creyentes con Cristo para que puedan ser personas que viven en el espíritu, en el Lugar Santísimo, con miras a su salvación orgánica; en esto consiste el pastorear a las personas según Dios—2 Co. 5:18-21; 1 P. 5:1-6; He. 13:20:
1. El recobro presente del Señor consiste en introducirnos en la realidad del pastoreo pneumático de Cristo según el salmo 23, pastoreo que es el producto de Su muerte redentora y Su resurrección que produce la iglesia según el salmo 22 y es el factor que ejecuta Su venida como Rey para establecer Su reino según el salmo 24.
 2. Mediante el ministerio de reconciliación, somos introducidos en Dios por medio del pastoreo para disfrutarlo a Él, los manantiales de aguas de vida, a fin de llegar a ser el Sion eterno, el Lugar Santísimo corporativo, el lugar donde Dios está—Ap. 7:14, 17; 14:1; 21:16, 22; Sal. 20:2; 24:1, 3, 7-10; 48:2; 50:2; 87:2; 125:1; Ez. 48:35b.
 3. El ministerio de reconciliación es el ministerio apostólico que se realiza en cooperación con el ministerio celestial de Cristo para pastorear el rebaño de Dios con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo a fin de llevar la Nueva Jerusalén a su consumación según la economía eterna de Dios—Jn. 21:15-17; Hch. 20:28-29; Ap. 1:12-13.

IV. El recobro del Señor nos trae de regreso al ministerio único del Nuevo Testamento; este ministerio (2 Co. 3:18; 4:1) tiene las siguientes características:

- A. Ministra la sana enseñanza de la economía de Dios y milita la buena milicia en contra de las enseñanzas diferentes y extrañas de los disidentes, las cuales tienen el fuego extraño del entusiasmo natural, el afecto natural, la fuerza natural y la capacidad natural del hombre—1 Ti. 1:3-4, 18; He. 13:9; 2 Ti. 2:1-15; Lv. 10:1-11.
- B. Produce las iglesias locales como candeleros de oro para que sean el testimonio de Jesús con la misma esencia, apariencia y expresión, y edifica el único Cuerpo

de Cristo por medio del único Espíritu al perfeccionarnos a todos en la unidad del Dios Triuno—Ap. 1:10-13, 20; Jn. 17:23; Ef. 4:1-4, 11-13; Zac. 4:6.

- C. Prepara a los vencedores para que sean la novia de Cristo, Su “reina”, en Él mismo como “morada real” y en las iglesias locales como “palacios de marfil”, lo cual llega a su consumación en la Nueva Jerusalén como “palacio del Rey”; nos desposa con Cristo al avivar nuestro amor por Él en la sencillez y pureza para con Cristo, a fin de hacernos Su reina—Sal. 45:1-15; Ap. 21:2, 9-10; 2 Co. 11:2-3.
- D. Nos fortalece para que sigamos a Cristo en la comunión de Sus padecimientos por la senda que conduce a la gloria, el camino de la cruz, con miras a la manifestación y multiplicación de la vida—Jn. 12:24-26; Col. 1:24; 2 Co. 4:10-11, 16-18; 11:23-33.
- E. Imparte a Cristo como gracia, verdad, vida y Espíritu en nosotros para que Cristo nos sea revelado, disfrutemos a Cristo y crezcamos en vida a fin de ser salvos en vida para reinar en vida—1:12, 24; Fil. 1:25; Ro. 5:10, 17.
- F. Nos santifica mediante la palabra de la verdad y el lavamiento del agua en la palabra; también nos pastorea con la presencia del Cristo pneumático, la cual nos cuida con ternura y nos nutre —Jn. 17:17; Ef. 5:26, 29-30; Ap. 1:12-13.
- G. Derriba la jerarquía y nos compenetra como uno solo, haciéndonos a todos hermanos de Cristo, esclavos de Cristo y miembros de Cristo para que seamos el único Cuerpo de Cristo en realidad; también derriba los lugares altos y exalta solamente a Cristo para que Cristo sea todo en la iglesia—Mt. 23:8-12; 1 Co. 12:24; Dt. 12:1-3; 2 Co. 4:5; 10:3-5; Col. 3:10-11.
- H. Nos trae a todos a que ejerzamos nuestra función a fin de que pongamos en práctica la manera ordenada por Dios y nos guía a que sigamos al Cordero por dondequiera que vaya a fin de que prediquemos el evangelio del reino a toda la tierra habitada—Ro. 12:4-5; Ef. 4:11-12; Ap. 14:4; Mt. 24:14.
- I. Nos introduce en un nuevo avivamiento en el cual expresamos la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevamos a cabo la Nueva Jerusalén a fin de obtener la realidad del Cuerpo de Cristo, la cumbre más elevada en la economía de Dios—2 Co. 3:6, 8-9; 5:18-20; Ro. 12:4-5; Ef. 4:4-6, 16.